



**IGNACIO
MIRALBELL**

**LA ECONOMÍA SOCIAL DE MERCADO DE LUDWIG ERHARDT
Y EL FUTURO DEL ESTADO DE BIENESTAR**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

62

INDICE

ECONOMIA DE MERCADO SIN
LIBERALISMO

A ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO DE
LUDWIG ERHARD

LAS RAICES INTELECTUALES DE ERHARD

EL CONCEPTO DE "ORDEN" EN ERHARD
Y EN EL ORDO-LIBERALISMO DE
EUCKEN

UNA PECULIARIDAD DE LA
PERSPECTIVA DE ERHARD

LA ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO Y
LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

EL HUMANISMO CONCEPCIONAL DE
ERHARD

NOTA BIOGRAFICA

ECONOMIA DE MERCADO SIN LIBERALISMO

Economía de mercado ha existido desde muy antiguo en la historia de la humanidad, a partir del momento en que comenzó a circular algún tipo de moneda. Productores y comerciantes ha habido desde etapas muy antiguas de la prehistoria. Sin embargo, la interpretación que se hace desde el pensamiento económico liberal de este hecho ancestral y profundamente antropológico es fruto de una "ideología" muy determinada que hunde sus raíces -por cierto- en ese peculiar modo de pensamiento que constituye lo que se ha dado en llamar la "mente moderna" (*modern mind*).

La vida y la actividad económica de los hombres es susceptible de ser afrontada desde muy diversas perspectivas y con muy variadas actitudes. Depende de las personas y de sus fines e intenciones, de sus mentalidades y valores. Lo que para uno es una operación financiera de "alto nivel" para otro puede ser caer en la usura de la más baja calaña. Lo que unos pueden valorar como aprovechamiento de oportunidades de negocio de alta rentabilidad, para otros puede significar pura especulación. La idea de buscar un modelo determinado de agente económico racional, típica

de la teoría económica moderna, hace ya algunos años que se ha revelado inviable. La "Economía positiva" ha idolatrado el "modelo" de la competencia perfecta y ha exaltado la competitividad empresarial como un valor supremo. Este reduccionismo ideológico heredado de A. Smith, D. Ricardo y -en general- de la teoría económica inspirada en el liberalismo ilustrado, constituye, para usar un término de J. K. Galbraith, una forma de mística o devotio moderna, a saber, la "mística del mercado". "La retórica de los países capitalistas ricos -dice J. K. Galbraith- alaba con entusiasmo el mercado libre de trabas y restricciones; se le hacen reverencias en todo el mundo industrial y, en verdad, no ha muerto; pero la realidad moderna es una huida en masa de su impredecibilidad. Detrás de las actuales angustias de los países industrializados están los problemas -no resueltos y en gran medida ni siquiera encarados- de un mundo de grandes organizaciones. La devoción extrema a la mística del mercado lleva a negar que las grandes organizaciones lo han cambiado todo. Y, por lo tanto, la política gubernamental se mantiene adecuada a una etapa anterior del proceso histórico"¹.

Es un error pensar que el modelo de Estado de bienestar ha terminado. Lo que ha ter-

minado es el socialismo puro, al igual que el liberalismo puro, pero las fórmulas más o menos equilibradas de conjugar la libertad económica y una cobertura social segura -fórmulas que han caracterizado, con diferentes variantes, a las economías europeas de la post-guerrano sólo no han terminado, sino que parecen mostrarse ante las grandes mayorías como la única concepción razonable del orden económico. Pruebas de ello las tenemos en la crisis de la era Reagan-Thacher, en la política económica de Clinton, en el avance del laborismo británico, en el nuevo vuelco hacia la social-democracia en Suecia, en el éxito sostenido de popularidad de la política económica socialista en España, en las fórmulas políticoeconómicas que se están aplicando en casi todos los países latino-americanos, y más recientemente, en el triunfo del centro-izquierda en Italia.

Otra prueba evidente de lo desacertado de creer tan ciegamente en las leyes del mercado lo constituyen los procesos de transformación de los países del Este. La idea liberal que propugnaba unas medidas drásticas y fuertes de "inmersión" rápida en la economía de mercado, se ha visto desmentida por la propia fuerza de los acontecimientos, y de hecho está triunfando la idea moderada -que ya pro-

pugnara Gorbachov, aunque no se le entendió en su momento- de los pequeños pasos, las medidas paulatinas y la necesaria custodia político-económica del proceso de animación de la vida comercial. Quizás si se le hubiera dejado a Gorbachov continuar con su lenta pero segura "Perestroika" no estaríamos hoy contemplando el nuevo auge del comunismo en Rusia.

Así pues, a mi entender, la idea de una economía de mercado regulada y arbitrada en un marco político de defensa del bienestar y la seguridad social, no sólo no está en retirada, sino que nunca había alcanzado un grado de consenso y aceptación como el actual. No estamos asistiendo al final del Estado de Bienestar, sino a su modesto pero consolidado triunfo. Es a lo que se tiende y se aspira no sólo en las economías fuertes sino también en los procesos de transformación de los países del Este, en los países en vías de desarrollo de Latinoamérica -por ejemplo- e incluso, por la vía de los hechos, en la evolución de la economía china. En la práctica, por lo tanto, la fórmula intermedia del estado de bienestar se consolida, pero en el plano teórico y cultural encuentra problemas para ser justificada y aceptada por las mentalidades inercialmente imperantes tanto en los países del Este como

en los del Oeste. Y es que ha calado muy hondo en nuestras mentes la cultura de la pugna entre liberalismo y socialismo, entre los valores de la libertad y la seguridad, entre los “intereses” del capital y del trabajo. Pero es necesario superar el pensamiento “dialéctico” de antítesis, para buscar un pensamiento dialógico y de síntesis. Abandonar el excesivo cientificismo analítico y buscar un pensamiento humanístico integrador y compatibilizador.

Pues bien, a mi entender el esfuerzo más serio que se ha realizado hasta nuestros días en este sentido de intentar llegar a una concepción coherente del orden político-económico, equilibrada y madura, garantizadora del Estado de Bienestar, y alejada tanto de los radicalismos ideológicos extremos como del puro oportunismo miope del “regate en corto”, lo encontramos en el ordo-liberalismo centroeuropeo y en la Economía Social de Mercado de Ludwig Erhard. Así pues, cabría afirmar que la Economía Social de Mercado de Erhard -vigente aún hoy en Alemania como marco constitucional de su política económica- quizás sea la respuesta teórico-práctica más acertada y más sólidamente fundamentada que se ha producido en el siglo XX ante el

vacío de concepción provocado por el antagonismo errático entre liberalismo y socialismo.

Por todo ello considero que puede resultar útil hacer un poco de memoria histórica sobre quien fue uno de los grandes artífices del Estado de Bienestar -Ludwig Erhard-, autor de aquella famosa obra titulada *Bienestar para todos* en que su autor explicaba los principios de actuación político-económica que habían hecho posible que Alemania, en sólo un decenio, surgiera de las ruinas de la posguerra y se convirtiera de nuevo en una de las principales potencias económicas europeas (el llamado “milagro alemán”). Me propongo, pues, en estas líneas, reflexionar brevemente acerca de los principios de la concepción del orden económico de Ludwig Erhard e intentaré mostrar que dicha concepción responde a unos presupuestos filosóficos y antropológicos mucho más profundos y amplios que los de las “ideologías” modernas de uno u otro cariz.

LA ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO DE LUDWIG ERHARD

La inspiración de fondo de esta política económica llamada “Economía Social de Mercado” resulta hoy día con mucha fre-

cuencia malinterpretada². Parece haberse generalizado cierta desinformación e incluso cierta deformación interpretativa acerca de la Economía Social de Mercado. No es infrecuente, por ejemplo, la opinión de que la Economía Social de Mercado es algo así como capitalismo con cierto control estatal; o quizás una economía de mercado completada por un sistema centralizado de seguridad social y de redistribución de ingresos; algo así como una política en la que el Estado sería el taller de reparaciones de los daños sociales provocados por el caos del capitalismo comercial. Otras veces se interpreta la Economía Social de Mercado como la política económica de tipo neo-liberal que Ludwig Erhard puso en práctica en la Alemania de la postguerra, pero que no respondía a una concepción peculiar y propia. Ciertamente, Ludwig Erhard -ministro de economía en Alemania desde 1948 hasta 1963- fue mundialmente conocido y reconocido, ya desde su decisiva reforma monetaria y económica de 1948. El mundo entero quedó sorprendido del rápido proceso de reconstrucción y rehabilitación económica del país, que se produjo durante los años 50 bajo el arbitraje y el estímulo de la política económica de Erhard; y se acuñó la célebre expresión del “milagro económico alemán”;

expresión que no era del agrado de Erhard, porque según él mismo afirmaba:

“En Alemania no sucedió ningún milagro, sino una política económica basada en principios liberales, que permitió recobrar el valor y el sentido del trabajo humano, y que hizo que el esfuerzo y la entrega de un pueblo volvieran a ser útiles para la prosperidad humana”³.

Sin embargo, el éxito político-económico de Erhard fue fruto de algo más que la habilidad política y el acierto práctico en la dirección de la dramática coyuntura alemana de aquel momento, pues sus decisiones políticas respondían a toda una concepción del orden económico que Erhard había madurado durante sus años de investigación y docencia en materia de teoría económica -pues fue catedrático de Ciencias Económicas antes de ser ministro-. Erhard insistió mucho en que su éxito político-económico hubiera sido imposible sin los principios conceptuales en que se había inspirado:

“En Alemania, después del derrumbamiento, hemos construido este orden económico, que nos ha ganado el reconocimiento mundial. Y, sin embargo, los que hoy seguimos pensando en estas categorías (de ‘orden’) fácilmente somos tachados de anticuados y retró-

grados. Es progresista, en cambio, el que ya no piensa en una concepción del orden económico, sino sólo en la acción. También en el mundo libre un pragmatismo superficial o un conformismo pernicioso impregnan cada vez más la conciencia política”**4**.

La Economía Social de Mercado de Erhard era una concepción nueva. No sólo rechazó de raíz el colectivismo y la planificación estatal no conforme con el mercado libre; sino que también partió de un rechazo igualmente firme del laissez faire del liberalismo clásico, que había dado cabida a los métodos inaceptables del capitalismo temprano, manchesteriano o “revolucionario”**5**. La distancia respecto al liberalismo clásico es marcada por Erhard con fuertes rasgos:

“El planteamiento según el cual la economía de mercado sería equivalente a un orden liberal de la economía y de la vida en general, carece de validez (...). Cuando hoy se habla de economía de mercado nadie piensa ya en las formas ultra-liberales del siglo pasado, salvo cuando se pretende utilizar esto intencionadamente como arma para la crítica político-social (...). Hay un elemento adicional que marca la diferencia entre aquel pensamiento liberal originario y el espíritu moderno de la economía de mercado -en especial de la

Economía Social de Mercado-; tal elemento diferenciador consiste en que, para este último, no sólo es determinante el automatismo técnico del equilibrio en el mercado, sino también -y en primer lugar- unos principios intelectuales y morales. Si tal orden económico consistiera tan sólo en el equilibrio entre oferta y demanda producido mediante una libre formación de precios en el mercado; entonces no sería conceptualmente válido para constituir una base de todo un orden social”**6**.

Como es sabido, Erhard y otros científicos y académicos intelectualmente cercanos a su concepción, como fueron Franz Böhm, Alfred Müller-Armack, Friedrich Lutz, Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow, denominaban “Economía Social de Mercado” a esta concepción nueva del orden económico. Con palabras del mismo Erhard:

*“La política de la Economía Social de Mercado viene inspirándose, desde la reforma monetaria del año 48, en la idea de armonizar, sobre la base de una economía de libre competencia, la libertad personal con un creciente bienestar y seguridad social, reconciliando a los pueblos mediante una política de apertura mundial”**7**.*

LAS RAICES INTELECTUALES DE ERHARD

Las raíces intelectuales de esta nueva concepción hay que situarlas en la carrera investigadora y docente de Erhard como economista, en los años anteriores a la asunción de responsabilidades

políticas. El Maestro en cuyo círculo de investigación se formó y bajo cuya dirección realizó su tesis doctoral fue Franz Oppenheimer, profesor de sociología en la Escuela de Frankfurt, a cuya teoría socio-económica denominaba "socialismo liberal". El propio Erhard lo puso de manifiesto con ocasión del 100 aniversario de Oppenheimer; donde reconoció que éste había dejado una profunda huella en su mente, y que en muchas ocasiones se había sentido identificado con sus orientaciones y enseñanzas al tomar decisiones políticas:

"Hubo algo en él que me impresionó tanto, que no podré jamás olvidarlo; a saber, su intenso y profundo debatirse con las cuestiones políticosociales de nuestro tiempo. El detectó en el 'capitalismo' el principio que conduce a la desigualdad, es más, que se instala en la desigualdad; pero nada estaba más lejos de él que cantar una oda al igualitarismo. Por otro lado abominó del comunismo,

porque conduce forzosamente a la pérdida de la libertad. Tenía que haber un camino -un tercer camino-, que significara una síntesis feliz, una salida. Con la Economía Social de Mercado yo he intentado señalar un camino muy cercano a esta orientación suya, pero no de forma sentimental sino realista.(.....) En mis vivencias de estos últimos veinte años he experimentado yo mismo de modo directo este debate. Oppenheimer llamó a su doctrina "socialismo liberal". Pero cuando uno participa activamente -como es mi caso- en la vida política, se le plantea con toda crudeza la duda ¿sigues tú ahora sosteniendo u orientando tu acción en el sentido del socialismo liberal? Y entonces lo que he hecho es cambiar el sustantivo por el adjetivo -cosa que, por cierto, también ha hecho mi amigo W. Röpke- y he aclarado que un "liberalismo social" cambia un poco el acento, pero en cuanto a los principios últimos de orientación se mantiene fiel a su origen"**8.**

Es cierto que Erhard se sintió siempre vinculado a toda una serie de economistas de su misma generación, que coincidían con él en intentar aprender las lecciones históricas de sociedades industrializadas; y que promovían de uno u otro modo un nuevo espíritu de libertad económica, de apertura comercial

internacional y de búsqueda de un equilibrio en la interdependencia de los órdenes sociales. Hubo un resurgir del impulso liberal tras el fracaso de la "era de los experimentos intervencionistas"; pero un impulso liberal nuevo, distinto, auto-crítico respecto al liberalismo clásico, que había conducido inevitablemente al convulsivo "problema social". Es lo que se llamó luego "neoliberalismo" y que en el ámbito centro-europeo adoptó la forma del llamado ordo-liberalismo de la Escuela de Friburgo, fundada por Eucken. A este respecto Erhard comenta:

"Se me incluye bajo la categoría general de los 'neo-liberales'. No hay inconveniente, no tengo nada en contra; porque este grupo de hombres entendidos (que comienza por Walter Eucken y que cuenta entre sus filas a Wilhelm Röpke, Alexander Rüstow, Hayek y Franz Böhm, por nombrar sólo a algunos) han hecho propia la provechosa enseñanza de Oppenheimer, desde sus más profundos fundamentos; y la han traducido a nuestra problemática actual, en la que estos autores han sostenido una lucha muy decidida contra las limitaciones de la competencia, y sobre todo contra los monopolios. Al igual que Oppenheimer, ellos también destruyeron el optimismo tanto de la doctrina clásica como del

liberalismo al uso, según el cual el desarrollo económico conduciría a la armonía preestablecida por generación espontánea"**9**.

De manera que hay una estrecha relación entre la Economía Social de Mercado de Erhard y el ordoliberalismo de Eucken. No hay más que leer los escritos de ambos autores para advertir la mutua influencia, la complementariedad entre ellos; cada uno desde su propio terreno: Erhard desde la praxis político-económica, y Eucken desde la teoría de una doctrina y unos principios fundamentales de política económica**10**.

Así pues, el maestro de Erhard fue fundamentalmente Franz Oppenheimer, y los ordoliberales fueron para él algo así como discípulos y miembros de una misma generación y grupo. Otro importante punto de referencia para Erhard lo constituyó el economista W. Vershofen, fundador de la Escuela de Nuremberg (Nürnberger Schule); cuya teoría de la "formación" socio-económica (Gestaltlehre) está en la base de la idea de la "sociedad formada" o "integrada", que Erhard desarrolló en varias ocasiones **11**.

EL CONCEPTO DE "ORDEN" EN ERHARD Y EN EL ORDO-LIBERALISMO DE EUCKEN

Un concepto central del pensamiento de Erhard es el concepto de "orden económico" como uno más entre los diversos órdenes sociales. Erhard toma el término "orden" en su máxima riqueza y amplitud semántica:

"'Orden' no ha de entenderse aquí -señala Erhard- ni exclusiva ni predominantemente como orden jurídico en un sentido esquemático; sino como orden vital de una comunidad en su más honda significación. Tal orden puede ser tomado en sentido estricto, pero también en sentido amplio, de modo que su alcance se extienda desde la familia hasta el Estado; y aunque cambie en cada caso su forma, sin embargo, no cambia su esencia y su contenido. Esto significa que cualquier forma de asociación humana requiere el reconocimiento de reglas del juego vinculantes para todos" **12.**

Se trata pues de un concepto a la vez estructural y dinámico, de carácter no unívoco sino analógico, y que permite una comprensión del orden "interno" de la realidad social, a lo que Erhard denominaba con frecuencia sociedad "formada" o "integrada" (formierte Gesells-

chaft). Este "orden" no se refiere sólo a órdenes que haya que "construir" o "crear". No se trata simplemente de "organizaciones"; ni tampoco de órdenes convencionalmente instaurados, o constituidos a partir de una presuntamente ilimitada espontaneidad inventiva de los sujetos, y de sus respectivos intereses y proyectos. Erhard está justo en las antípodas de ese romanticismo constructorista **13**, que tiene sus raíces en el voluntarismo y en una especie de "metafísica del artista" de tipo nietzscheano, en que se pretende que el juego y el equilibrio de las voluntades "espontáneas" cree un orden a partir de la nada; lo "construya" a partir de un presunto caos originario.

Esta idea de la creatividad constitutiva y constituyente, lejos de ser un optimismo antropocéntrico, como a primera vista pudiera parecer, es en realidad una forma de conducir la vida social por el derrotero de la angustia existencial y del más agudo nihilismo destructivo, porque pretender partir del comienzo absoluto es tanto como pretender partir de la negación absoluta de lo previo -de cualquier orden previamente dado- es decir, constituye un pernicioso rechazo de cualquier orden "natural", una renuncia a distinguir entre el orden "verdadero" y el falso, entre el orden "real" y el ficticio; al tiempo que se absolutiza

la acción humana como medida y fundamento de sí misma. Frente a esto, el pensamiento en órdenes establece el reconocimiento y aceptación de los órdenes dados (es decir, el desvelamiento de la inteligibilidad interna de lo real, el conocimiento de su "verdad") como condición de posibilidad para el recto desarrollo de la instauración práctica de órdenes convenidos, convenientes y convencionales, y para la dirección de la acción. En palabras de Erhard:

"Fue mérito de la Escuela de Friburgo -es decir, de Walter Eucken y sus colaboradores- el haber reconducido la economía política a un riguroso "pensamiento en órdenes"; no sólo para conjurar el fantasma de la economía de planificación estatal o para colocar la naciente "econometría" en su lugar adecuado, sino más todavía para enfrentarse al aburrido e insípido pragmatismo con un orden intelectual. Por mi parte, no tengo reparos en tachar al comportamiento pragmatista -hoy tan alabado- de capitulación ante la verdad y de cobardía ante la realidad. Muchas veces es hoy día considerado 'prudente' quien ya no sabe por dónde va el camino, el que rehuye tomar decisiones; y para colmo, es considerado político "hábil" quien actúa "pragmáticamente", es decir, subordinando sus proyectos a los azares del

momento. Los pragmáticos son relevados por los oportunistas y, al final, éstos son a su vez relevados por los conformistas sin escrúpulos" **14.**

La tarea teórica de Eucken como historiador de la economía política, y su monumental obra intelectual fueron un humus concepcional propicio para este nuevo pensamiento en órdenes, que Erhard desarrolló de una forma más práctica **15.** Este nuevo "pensamiento en órdenes" tiene como trasfondo la conciencia histórica de un pensador como Eucken, que huyó tanto de la creencia en un fatal curso forzoso del devenir histórico, como de la fe ingenua en el progreso continuo o en la armonía preestablecida; y que intentó abrirse paso hacia un pensamiento político-económico más realista, y más adecuado a las posibilidades de la acción libre de los hombres dentro de sus condiciones históricas. Por eso nos interesa detenernos ahora, aunque sea someramente, en algunas observaciones de Eucken acerca de la noción de "orden", tan esencial en su escuela ordo-liberal, que dan la pista de su genealogía filosófica.

Eucken mismo señala en su obra de madurez (Los principios fundamentales de política económica) que el concepto de "orden" que él maneja hunde sus raíces en la filosofía clásica -griega y medieval-, porque no sólo significa el

conjunto interdependiente de las formas concretas en que se desarrollan los eventos sociales sino que :

“tiene aquí también otro sentido, a saber, el orden que corresponde a la esencia del hombre y de las cosas, es decir el orden en el que consiste la medida y el equilibrio. Ya la antigua Filosofía desarrolló esta acepción del concepto de orden. Ella buscó en la multiplicidad de las cosas el oculto plan arquitectónico según el cual está formado el mundo. Esta concepción del “orden” fue asimilada también por la Edad Media, y fue decisiva para el sostenimiento de todo el edificio de la cultura medieval. Significaba la conjunción acertada de lo plural en un todo unitario. Por lo general, en los períodos en que los órdenes “positivos” fracasan o resultan injustos, esta idea de orden, es decir, del orden esencial o del orden natural, recobra gran fuerza. En tales casos, la absurdidad de la situación concreta otorga el empuje para este redescubrimiento. Se busca, entonces, “el” orden que -a diferencia de los órdenes dados- corresponde a la razón o a la naturaleza del hombre y de las cosas” **16.**

El hecho de que los órdenes “positivos” o instaurados por el hombre no sean auto-suficientes, y deban adecuarse a este nivel más

profundo de órdenes esenciales o naturales, no implica que para Eucken los ordenamientos “positivos” carecieran de valor; sino que abogó por una armonización y una interdependencia de ambos tipos de órdenes. De ahí que, desde un punto de vista práctico, distinguiera también entre dos tipos de órdenes: los “órdenes surgidos” (gewachsene Ordnungen) y los órdenes instaurados” (gesetzte Ordnungen) **17.** Los primeros son aquellos que se configuran en el devenir histórico sin la mediación de decisiones conscientes, mientras que los segundos se forman a partir de una decisión común, que se expresa en los principios de un ordenamiento constituido.

Eucken considera que su propuesta de orden económico libre y competitivo es, por una parte, un “orden instaurado” mediante principios constitucionales políticamente definidos; pero por otra parte, no contradice en nada a los órdenes surgidos en el devenir histórico, sino que se pliega y se acomoda a ellos. Donde se “instaura” un orden competitivo de mercados abiertos a la libre formación de precios, allí precisamente se hace posible y necesario el “surgimiento” y formación espontánea de múltiples órdenes -reconversiones, readaptaciones, asociaciones, fórmulas cooperativas, etc.- que provienen de “abajo”. En la

propuesta de Eucken, pues, ambos tipos de órdenes tienden a converger y a complementarse recíprocamente. Probablemente esta complementariedad es uno de los pilares de la concepción de Eucken, y de la de Erhard, y está en estrecha consonancia con el llamado “principio de subsidiariedad”, que desde sus orígenes ha propuesto la Doctrina Social de la Iglesia. Tanto Eucken como Erhard **18** defendieron este principio, y coincidieron en señalar que su realización práctica requería precisamente un orden de libre competencia. Esta coincidencia no tiene, por cierto, nada de particular; pues el propio “pensamiento en órdenes” en su conjunto había impregnado tal Doctrina Social de la Iglesia, desde sus primeros documentos de finales del siglo pasado. Como el propio Eucken señaló:

“El pensamiento en órdenes está muy presente en la gran tradición de la Iglesia Católica, ya desde Tomás de Aquino. La toma de posición de la Iglesia Católica ante los problemas sociales del presente se define en las dos grandes encíclicas papales *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931). Según ellas, el principio fundamental para la configuración de la vida social es el principio de subsidiariedad: la formación de la sociedad debe alcanzarse desde abajo hacia arriba. Lo que las

personas individuales o los grupos pueden realizar por iniciativa propia, lo deben hacer ellos bajo su libre responsabilidad, empleando los recursos más adecuados. Y el Estado debe intervenir únicamente allí donde no hay más remedio.

La concordancia entre el principio de subsidiariedad y el orden de competencia es manifiesta. También en el orden de competencia se pone el acento en el desarrollo de las fuerzas individuales, mediante la limitación del Estado a aquellas tareas que el libre juego de las fuerzas no está en condiciones de llevar a cabo. En cualquier caso, el orden de competencia es el único orden económico en que el principio de subsidiariedad puede llegar a tener plena aplicación” **19**.

Ahora bien, todo orden es respectivo a fines pues, como ya señalara Aristóteles, la finalidad es el principio supremo de todo ordenamiento **20**. Donde hay fin y orden, ahí se está manifestando la obra propia del pensamiento, de la inteligencia **21**. El pensamiento en órdenes, en tanto que trasciende el plano de las meras formas o “formalizaciones” es un pensamiento teleológico **22**. De manera que la rehabilitación del “pensamiento en órdenes” tiene bastante que ver con la rehabilitación del pensamiento teleológico. Y a su vez la rehabilitación del pensamiento teleológico

implica una rehabilitación del pensamiento antiguo y medieval, frente a las distintas corrientes de pensamiento moderno, en que la noción predominante no es ni la de orden ni la de fin; sino la de poder, la de fuerza, o espontaneidad autónoma (auto-determinación) y el consiguiente choque o “juego” dialéctico entre esos poderes o fuerzas **23**.

Pero como decía Tomás de Aquino, la inteligencia a su vez tiene su propio fin, a saber, el de abrirse cognitiva e intencionalmente siempre más amplia y profundamente a la verdad real; es decir, el de adecuarse y conformarse intelectivamente con lo real, con su ser-real mismo y con su modo de ser-real. De manera que un pensamiento en órdenes requiere necesariamente un orden del pensamiento mismo; y ese “orden” del pensamiento mismo en su intrínseca respectividad a lo real es su auto-trascenderse para abrirse a la inteligibilidad de lo ontológicamente dado; es en último término, la “verdad”. Solamente un pensamiento así ordenado, puede ser un pensamiento que no sólo configure órdenes sino que lo haga en sintonía con los órdenes dados, con los ordenes naturales, como es el caso -por ejemplo- del orden ecológico o del orden ético.

Sólo un pensamiento receptivo se abre y se adecúa a esos órdenes dados, aceptándolos, conservándolos, custodiándolos. La obra de la inteligencia no es sólo la racionalidad práctica sino también la teórica; no sólo la acción sino también la contemplación; no sólo instaurar e ingeniar órdenes sino “descubrir”, “hallar” y penetrar los órdenes “ya” vigentes en el “mundo de la vida” y de la naturaleza. Sólo un pensamiento realista es capaz de asumir lo que “es” tal como es, y de comprender el carácter derivado y secundario de la acción humana. Sólo un pensamiento realista es capaz de no absolutizar la acción humana de forma indebida; de reconocer “ordenes” originarios, previos a la acción del hombre, y desvelar los fines en que dichos órdenes se fundamentan.

En el pensamiento teleológico, los “fines” no son sólo los “objetivos”, “propósitos”, “motivos” libremente elegidos y conscientemente perseguidos de la razón o de un sujeto consciente, sino que ahí el término “fin” tiene un sentido mucho más amplio y se extiende, por ejemplo, a las relaciones órgano-función del reino biológico, y a las relaciones estímulo-respuesta del orden zoológico. En la teleología de la filosofía griega, especialmente en la aristotélica, Telos y Kosmos (Orden) son sobre todo algo que “es”, algo “dado”, son principio

(causa de todas las causas) y no efecto; son fundamento (el Fin es para Aristóteles el mismo fundamento de todo lo real) y no algo fundado. Todo lo real se desarrolla y se sostiene según sus fines, su orden, su naturaleza. Tanto el eco-sistema (kosmos), como la administración de los recursos humanos (Oekonomía), como el orden ético y civil (ethos), tienen sus propios fines y constituyen diversos órdenes, que están entrañados en la misma naturaleza de los hombres y de las cosas, de manera que no están totalmente a disposición de un arbitrio incondicionado o de una presunta creatividad ilimitada de los hombres.

UNA PECULIARIDAD DE LA PERSPECTIVA DE ERHARD

De todos modos, la noción de “orden” en general, y de “orden económico de competencia” en particular, no tienen -a mi juicio- el mismo sentido en Eucken y en Erhard. Se trata de una diferencia concepcional que quizá se deba sólo a la diferencia de perspectiva entre un teórico de la economía y un ministro de economía; pero probablemente es también una diferencia de contenido. Básicamente, la diferencia puede expresarse diciendo que en Eucken el término “orden” aún es excesiva-

mente “formal”; es, sobre todo, un orden formal cuyo trasfondo es científico-teórico, metodológico, analítico, lógico-formal; en cambio en Erhard, el concepto de “orden” parece adquirir más bien un sentido netamente teleológico; es un orden de fines que implica una jerarquía de valores, es decir, es un concepto con un trasfondo más bien científico-práctico, ético, antropológico.

Eucken tiene la pretensión teórica de establecer una diferenciación de los “tipos” o “formas” de órdenes y procesos económicos; una “morfología” de los mismos; algo así como un análisis lógico de los órdenes económicos, y de sus inter-dependencias con otros órdenes sociales. Estas pretensiones teóricas presuponen, en Eucken, un cierto modelo de racionalidad y de científicidad del tipo de la ciencia moderna, que condiciona bastante su punto de vista global. Este condicionamiento, a mi modo de ver, está ausente en la concepción de Ludwig Erhard, cuyo realismo práctico -que no pragmático- le hace más sensible a los aspectos humanos, y especialmente a los aspectos teleológicos, de la economía. Más que en análisis morfológicos, Erhard se centra en la jerarquía de los fines y de los valores, en las personas, en sus motivos y en el sentido de sus actividades **24.**

Por otra parte la idea de la competencia en Erhard no tiene el sentido lógico-formal que tiene en Eucken. En Eucken la competencia significa aquella forma de regulación del proceso económico global mediante el mecanismo de equilibrio espontáneo entre oferta y demanda en la formación de los precios, con ausencia de una planificación y control centralizada. La competencia, para Eucken, es, digamos, lo que regula y equilibra el mercado global, cuando nadie lo regula ni controla globalmente. Es un principio de "atomización" del control y del poder económico. En cambio en Erhard -y en la Economía Social de Mercado- la competencia no tiene este sentido tan estricto, sino que es usado más bien en un sentido amplio, a saber, como el modo natural de comportamiento económico humano en el mercado sin más; es decir, como "el" orden económico propio de la vida económica en libertad.

Este trasfondo antropológico y ético de la vida y de la actividad económica es lo que caracteriza la perspectiva concepcional de Erhard y, por tanto, a la "Economía Social de Mercado", respecto a esta tradición liberal en la que se inspira. El propio Erhard -como hemos visto- señala que lo característico de la Economía Social de Mercado respecto al liberalismo es que para ésta última nosólo es fun-

damental el automatismo técnico del equilibrio (de la oferta y la demanda) en el mercado, sino también, y en primer lugar, unos principios intelectuales y morales.

Si el orden de libre competencia y la libre formación de precios no es más que una manifestación de la libertad de las personas en cualquiera de sus iniciativas y actividades; entonces aparece el hecho de que tal economía de mercado es por sí misma "social", en la misma medida en que no es estatal-central; es decir, en cuanto su dinámica -en el marco del ordenamiento político-económico- sirve al "bienestar para todos". No se trata de que el individualismo económico conduzca indirectamente al bien común, sino de que la economía de mercado puede perseguir directamente -si el ordenamiento estatal la preserva de su propia corrupción- el bien común, o mejor dicho, ella misma "es" ya parte esencial de ese bien común y por tanto, su realización y custodia debe constituir un "fin" de la política económica.

Que cada persona trabaje, produzca y ofrezca servicios en función de las demandas y necesidades sociales, con iniciativa y responsabilidad personal, sin que nadie se lo impida, y recibiendo las contra- prestaciones correspondientes a la calidad del propio trabajo; que las

personas desarrollen sus iniciativas empresariales, y ejerzan el derecho de asociación mediante sistemas de cooperación; que el Estado respete la libertad de los ciudadanos y se limite -que no es poco- a su función subsidiaria y de arbitraje; todo ello no sólo es la forma mejor de alcanzar “directamente” el fin de la justicia social, sino que “es” parte de esa misma justicia social **25**.

Por tanto en Erhard hay mucho más que una aplicación del “orden de competencia” como “forma” económica. Erhard redefine el significado de la expresión “orden de competencia” en clave ético-antropológica y práctica: simplemente es “la” economía libre; “la” economía que corresponde a la naturaleza humana y al destino recibido de Dios; “la” misma vida económica con sus iniciativas, su dinámica de interacciones, sus formas de administración, su empleo de recursos, su actividad laboral, etc.

Y precisamente porque Erhard traduce el “orden de competencia” en clave práctico-antropológica es por lo que es capaz de apreciar también sus aspectos más oscuros, es decir, su posible degeneración en fenómenos como el aislamiento individualista, el consumismo, la lucha por el reparto de los recursos del Estado, la competitividad arruinante, el

afán de poder y dominación económica, la oposición y contraposición de intereses, la presión e invasión publicitaria, la insolidaridad, los daños a la moralidad pública por intereses comerciales, etc. De ahí la importancia decisiva de la autoridad estatal, de la legislación y de una política económica inflexible, que no ceda el bien común ni la igualdad fundamental de los ciudadanos ante las presiones o intereses particulares; y que arbitre con justicia; de ahí también la política de prohibición de cárteles .

LA ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO Y LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

El principio -ya formulado por Eucken **26**, y bastante antes que él ya propuesto por la Doctrina Social de la Iglesia **27**- de que el siempre asfixiante “problema social” de las sociedades industriales no debía considerarse como algo aislado, como un problema adicional o marginal, sino que era consecuencia esencial y necesaria de la concepción políticoeconómica global; es vertido por Erhard en el planteamiento práctico de que la economía de mercado debe servir al objetivo del bienestar para todos; es decir, debe ser ella misma un medio para afrontar el problema social. La

libertad responsable de las personas en sus actividades, cuando se gobierna adecuadamente, es la fuente principal de riqueza y de bienestar, es más, es ella misma un aspecto esencial de esa riqueza y de ese bienestar.

A mi modo de ver, este fondo antropológico realista y personalista de la Economía Social de Mercado, ofrece grandes virtualidades en orden a una contrastación enriquecedora con los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, cosa que por lo demás ha sido puesta de manifiesto por expertos en la materia desde años atrás **28**. Esta convergencia vino dada, en parte, por circunstancias históricas, como fue el hecho de que Erhard en su etapa de ministro de economía tuvo que dialogar y negociar con frecuencia con el ala más "social" del Partido Demócratacristiano (C.D.U), entre los que había no pocos católicos partidarios de la Doctrina Social de la Iglesia **29**. Pero no se trata sólo de una coincidencia histórica circunstancial; sino que puede hablarse de una auténtica convergencia concepcional, de una inspiración común entre la Doctrina Social de la Iglesia y la Economía Social de Mercado, aunque naturalmente, cada una desde su plano -la primera como una orientación teológica y magisterial sobre los principios y directrices éticas fundamentales, y la segunda como una forma de acción políticoe-

conómica muy concreta. Ese humus común es, a mi entender, de tipo filosófico y consiste fundamentalmente en el realismo del pensamiento en órdenes, y en el humanismo cristiano y personalista.

Un aspecto clave de este humanismo de fondo aparece en la concepción del trabajo. Creo que en Erhard está implícita una nueva "cultura del trabajo" **31**. El "nuevo espíritu de economía de mercado" de Erhard, en la medida en que se caracteriza precisamente por su talante moral y humanista, supera por completo la estrecha concepción fisicista del trabajo, en la que se entendía como uno de los "factores de producción", coincidiendo en esto con la visión del trabajo humano que desarrolla, por ejemplo, Juan Pablo II en su Encíclica *Laborem exercens* **32**, según la cual, la concepción reduccionista del trabajo es común al materialismo marxista y a los economicismos clásicos dominantes -al menos desde el punto de vista teórico- desde el siglo XVIII.

En la *Laborem Exercens* se reivindica la necesidad de superar esta visión estrecha del trabajo, y se aboga no sólo por reconsiderar la escisión entre capital y trabajo, sino incluso por la supremacía del trabajo sobre el capital **33**. Se denuncia también el peligro de considerar el trabajo como una "mercancía sui generis" y de ver al hombre como un instrumento de pro-

ducción **34**, lo cual atenta contra el recto orden de valores y constituye un obstáculo para que los hombres puedan comprender y experimentar la alta dignidad del trabajo humano en cuanto aspecto esencial del plan divino sobre el hombre y en cuanto colaboración del hombre con la obra creadora de **35**. El trabajo humano no sólo es irreductible a un factor de producción sino que es irreductible a su "dimensión" económica, como pretende el "economicismo" **36**; porque es una realidad rica, diferenciada, profunda, y compleja el hombre mismo Dios **37**.

Pues bien, a mi modo de ver, la Economía Social de Mercado de Erhard apunta, de un modo práctico, hacia esta revalorización de la trascendencia del trabajo humano, en relación al destino de los hombres y de los pueblos **38**. La concepción del trabajo, en Erhard, es humanista y tiene un trasfondo moral, por lo que supera de raíz todo fisicismo materialista o mecanicista. Esa vieja cotraposición disyuntivo-excluyente entre "trabajo" y "capital", entre minoría propietaria y mayoría trabajadora, es combatida por Erhard desde su misma raíz. Como él mismo señala:

"Se ha caracterizado a nuestra forma de sociedad, en sentido figurado, como "sociedad sin clases". Este concepto, que ha sufrido trans-

formaciones en la historia, no debe considerarse sólo como síntoma de que el ascenso del nivel de vida de los trabajadores haya conducido a un proceso de desproletarización, que sigue desarrollándose; sino también de que, de hecho, han desaparecido las divisiones por capitales y profesiones; y de que se han extendido a amplias capas sociales las posibilidades de consumo de modernos bienes como el automóvil, el televisor y todos los aparatos que facilitan el trabajo doméstico. (...) En esta "sociedad sin clases" el problema ya no es el estamento y la clase, sino el individuo; es el hombre el que se siente inferior e inseguro frente al todo. El problema de cómo y dónde encuentra éste, en la vida profesional y social, el lugar adecuado a su forma de ser, es -sin duda- más difícil de solucionar aquí que en los regímenes de planificación central o dirigistas. A ello hay que añadir que las coyunturas, los movimientos en el mercado y las transformaciones de las formas de explotación parecen sujetar a la persona a mecanismos anónimos, que le quitan la satisfacción; porque no consigue comprender esas fuerzas. (...) Un proceso como el que acabo de describir no sólo tiene consecuencias que conllevan tanto el peligro de la atomización individualista, como el de la colectivización de la vida social; sino que también despierta el deseo del hombre de una

integración armónica en vínculos abarcables; en los que busca y puede encontrar confianza y seguridad. Entonces las comunidades más profundas, como son la familia y la Iglesia, se complementan con ese otro tipo de formaciones sociales de personas que comparten las mismas ideas, fines o aficiones -como son los clubs, las tertulias o las asociaciones de vecinos-. Casi me gustaría decir que la naturaleza humana necesita ese equilibrio interior; el equilibrio psíquico; la reconciliación entre las formas de vida profesional en la sociedad de masas, y la exigencia de confianza y seguridad en agrupaciones cultural-espirituales. Se exigiría demasiado de la Economía Social de Mercado si se le impusiera la responsabilidad de superar las formas de vida de nuestro presente, conformándolas según un modelo. Ahora bien, sí que está obligada a adecuarse a los imperativos de una política social cristiana, y a entrar en armonía con ella, formando con ella una unidad. Desde el punto de vista de la política económica, el problema debería plantearse como la necesidad de conseguir una humanización del entorno en todos los ámbitos vitales, y especialmente dentro de la vida económica” **39**.

La Economía Social de Mercado, lejos de “instalarse en la desigualdad”, se instala en la

lucha política contra ella; combatiéndola con las mismas armas del mercado, y utilizando el instrumental de la política económica para configurar, arbitrar y custodiar un orden económico que refleje y sirva a la igualdad fundamental de todos los ciudadanos, como personas libres y responsables; y que al mismo tiempo respete sus diferencias en las cualidades, en la formación, en la experiencia, en las ocupaciones y en las relaciones económicas y de propiedad, frente a toda pretensión igualitarista. Con ello Erhard está redescubriendo, en la praxis político-económica, un valor intrínseco de toda actividad laboral, que es centro y núcleo de todos los procesos económicos; expresión de la noble y legítima libertad de la persona; y fruto de su espíritu de servicio y de su eficacia profesional.

Esto se aprecia, en la práctica, cuando Erhard rechaza toda política de fomento de “la producción por la producción”; cuando establece el pleno empleo como uno de los fines últimos de toda la economía; cuando lucha persistentemente contra las concentraciones de capital o poder económico que coarten la libertad de las personas (política anti-cárteles); cuando defiende una política monetaria estable, que permita retribuir y contraprestar de acuerdo con la calidad real de los

servicios y de los productos, evitando las especulaciones y los procesos inflacionarios; cuando aboga por una sociedad “internamente integrada”, basada más en la confianza que en el control, en la que predominen los profesionales autónomos y el nivel de vida medio; y cuando apela continuamente a la conciencia de los ciudadanos, a valores morales, y a los fines “trans-económicos” de lo económico.

EL HUMANISMO CONCEPCIONAL DE ERHARD

Este es un aspecto que deseo recalcar, a saber, que en la Economía Social de Mercado hay humanismo; un humanismo que tiene mucho en común con el “humanismo empresarial” al que hemos aludido más arriba, sólo que en Erhard está visto desde un observatorio distinto; desde la perspectiva político-económica, que brinda un complemento imprescindible a la perspectiva empresarial. De modo que podemos hablar -a mi entender- de un humanismo político-económico en Erhard. Y este es, seguramente, parte del secreto de su éxito, y de su grandeza de espíritu. No fue nunca sólo un “experto”, un “especialista” en los “mecanismos” económicos. No perdió

jamás de vista que todos los sucesos y procesos económicos tienen como núcleo y como fin a los hombres, cuya existencia no puede dividirse, cuya libertad no puede fragmentarse. De ahí que en la actividad económica, y en su adecuado ordenamiento político, Erhard ve implicado nada menos que el destino de las personas y de los pueblos, e incluso el de la comunidad mundial en su conjunto. Por eso, en el ámbito de la política exterior, Erhard se caracterizó por ser un incansable promotor de una comunidad mundial de mercados lo más abiertos posible; y abogó por unas relaciones económicas internacionales multilaterales y coordinadas; por una mayor internacionalización de la división del trabajo; y por la máxima convertibilidad y unidad de los sistemas monetarios a nivel mundial. Todo esto también debe ser puesto en relación con el principio de la Doctrina Social de la Iglesia según el cual, el hombre fue puesto en la tierra para multiplicarse y llenarla, de modo que el crecimiento demográfico y sus consecuencias económicas forman parte de los planes de Dios; y debe ser puesto también en relación con el principio de que la propiedad privada de los bienes económicos es un derecho de la persona, pero no un derecho absoluto; porque está subordinado al empleo de dichos bienes y

recursos en orden al bien común, es decir, al destino universal de los bienes y recursos **40**.

Es también el humanismo concepcional lo que explica que el discurso económico de Erhard no haga nunca "abstracción" del valor ético que tienen los acontecimientos y acciones económicas. He ahí otra de las razones de su actualidad: su calidad de precursor de esa ética económica o *Business-ethics*, que hoy parece abrirse camino con cierto impulso entre los intereses y anhelos de los espíritus. Erhard no moraliza desde fuera, sino que simplemente hace política económica sin "silenciar" la dimensión ética y humana de la realidad con que ésta se topa -a veces compleja y ambigua desde fuera, pero bastante clara desde el punto de vista de cada persona y de su conciencia ante su acción responsable-. Por eso su discurso económico traspasa las fronteras de un tiempo concreto o de un país concreto, porque si bien los valores éticos y las verdades antropológicas se encarnan y se viven siempre en determinadas circunstancias y situaciones históricas; sin embargo, no se agotan ni se ahogan en ellas, sino que de alguna manera las trascienden. Pero el humanismo de Erhard no es "cualquier" humanismo. No se deja meter en el mismo saco que el presunto humanismo de Marx o el huma-

nismo ateo de Sartre. Su discurso en la Sinagoga judía de Worms lo muestra patentemente cuando afirma que:

"Siempre que el hombre intenta romper las leyes y las limitaciones que Dios le ha impuesto, comienzan las desgracias. Siempre que la materia se impone al espíritu, la vida comienza a perder el sentido y los valores (...). Los hombres, y lo mismo los pueblos, no pueden convivir, no pueden desarrollarse al margen de las leyes de la civilización y de la moral. Hasta dónde puede llevar la inobservancia de estos valores en la vida de los pueblos y en la política, lo hemos experimentado con suficiente sufrimiento, y precisamente este lugar es un testimonio en piedra de dicha depravación. ¡No desoigamos esta advertencia! (...). No debe suceder de nuevo que lo que se considera natural y honesto en la vida del ciudadano, lo que no puede lesionarse sin que ello suponga una pérdida de la fama y del honor personal, no deba o no pueda tener validez en el ámbito de la vida pública o política. Es nuestra obligación destruir dichos gérmenes nocivos, donde y cuando se reconozcan. Aquí se puede aplicar el viejo proverbio: !extirpad el mal en su raíz!" **41**.

Se trata pues de un humanismo cristiano, consciente de que cuando se pretende edificar

un orden socio-económico al margen de “la” ley moral o divina, se entra por el camino de la esclavitud respecto a las más arbitrarias convenciones humanas, y se desemboca en formas más o menos sofisticadas de abuso de poder y de opresión sin escrúpulos.

La impronta dejada por Erhard en la economía alemana fue tan fuerte y su éxito político-económico tan claro, que hay que considerarlo como una de las causas decisivas de que el Partido Socialdemócrata alemán (S.P.D.) -y con él la Internacional Socialista- abandonase definitivamente modelos económicos colectivistas y adaptase sus programas al marco conceptual de la Economía Social de Mercado, a partir del Congreso de Godesberg de 1959. Fue el socialdemócrata Schiller -que había apoyado ya anteriormente la política económica de Erhard en algunos puntos, sobre todo en su ley de prohibición de cárteles-, quien en el Congreso de Godesberg propuso la nueva inspiración político-económica para el partido; en la línea de una interpretación socialista de la Economía Social de Mercado. Su Slogan era “competencia en lo posible, planificación en lo necesario”. Pero a la larga, la política económica de Schiller y de los ministros socialdemócratas que le sucedieron, basada en una inspiración keynesiana de “programación

global”, y en un continuo engrosamiento del control público “democráticamente legitimado”, condujo al país a una recesión que comenzó en los años 1974/75, en los que se llegó a un millón de parados, a un aumento de la deuda pública hasta alcanzar cifras muy considerables y a una inflación que no se conocía en Alemania desde los años 50 **42**. Esto se debió, en parte, a la recesión general de los años 70 y a la crisis del petróleo, pero también -sin duda- al enorme aumento de las cargas sociales (tarifas, seguridad social, pensiones, subsidios, etc.) y al excesivo aumento del nivel de salarios, que eran consecuencias de la política económica social-demócrata, y que llevaron al país a una situación insostenible a comienzos de los años 80.

Pero el período socialista no sólo creó déficit público, recesión, inflación y paro, sino que también condujo a una cierta confusión acerca de qué significaba el término “Economía Social de Mercado” a la que el S.P.D. seguía “declarándose” fiel. El período socialista condujo a una tecnificación de la política económica, a una mentalidad pragmatista a la hora de la planificación estatal, a unas prácticas keynesianas de dirección centralizada, que acabaron por diluir y desdibujar ese fondo intelectual, moral y humanista que había inspirado la

política económica de Erhard. Y esta pérdida de memoria histórica fue la más grave de todas las pérdidas, y se puede decir que aún no ha sido plenamente subsanada.

NOTA BIOGRAFICA

Ignacio Miralbell es doctor en Filosofía y miembro asociado del Instituto Empresa y Humanismo. Ha sido profesor de Historia de la Filosofía y de Teoría del conocimiento en la Universidad de Navarra, y actualmente desarrolla sus actividades docentes en Barcelona - Centro Universitario Fert y Centro de Estudios Mireia de Mongat-. Es autor de numerosas publicaciones filosóficas, así como del cuaderno 24 de esta misma colección.

En estrecha colaboración con la Fundación Ludwig Erhard (Bonn), ha llevado a cabo la edición castellana de algunos escritos de teoría socio-económica de este autor alemán -Ludwig Erhard-, que tanta importancia ha tenido en la construcción teórica y práctica de la actual Economía Social de Mercado alemana y en la construcción del Mercado Unico Europeo. Miralbell ha intentado mostrar la plena actualidad de las tesis de este autor, a pesar de ser frecuentemente malinterpretadas o desvirtuadas. (Confróntese la presentación del libro de Ludwig Erhard titulado *Economía Social de Mercado - su valor permanente-*, Colección Empresa y Humanismo, ed. Rialp, Madrid, 1994; así como el cuaderno n.º 38 de esta misma colección: Ludwig Erhard, *Hacia una Economía Política humanista*).

1. J. K. Galbraith, *Naciones ricas, naciones pobres, ensayos sobre la persuasión política y económica*, Ariel, Barcelona, 1986, p. 75.
2. H. F. Wünsche, "Verlorene Maßstäbe in der Ordnungspolitik", *Hamburger Jahrbuch für Wirtschafts- und Gesellschaftspolitik*, 35, 1990, pp. 53-74.
3. L. Erhard, *Gedanken aus fünf Jahrzehnten*, ECON Verlag, Düsseldorf, 1988, p. 549.
4. Ludwig Erhard, *Economía Social de Mercado. Su valor permanente*, ed. Rialp, Madrid, 1994, p. 129
5. Erhard distingue entre "procesos" de industrialización y "revoluciones industriales". Es el espíritu revolucionario como elemento desintegrador de todo orden y de toda estabilidad social lo que no acepta porque, entre otras cosas, tal espíritu responde al principio de la primacía de la acción, que Erhard rechaza. Ludwig Erhard, *Economía Social de Mercado. Su valor permanente, cit.*, pp. 43 y ss; pp. 121 y ss.
6. *Ibidem*, p. 121.
7. *Ibidem*, p. 40
8. L. Erhard, *Gedanken aus fünf Jahrzehnten*, ECON Verlag, Düsseldorf, 1988, p. 861.
9. *Ibidem*.
10. Cfr. referencias de Erhard al "pensamiento en órdenes" de Eucken en el que él se inspira, *Ibidem*. p. 861, p. 1046, etc. Por parte de W. Eucken, cfr. frecuentes referencias a la política económica alemana a partir de 1948 en *Grundsätze der Wirtschaftspolitik* UTB (Paul Siebeck, Tübingen, 1990, por ejemplo, p. 218.
11. Cfr. Ludwig Erhard, *Economía Social de Mercado. Su valor permanente, cit.*, pp. 40 y 63.
12. *Ibidem*, pp. 130-131.
13. *Ibidem*, p. 85.
14. p. 129.
15. Téngase en cuenta que W. Eucken fue hijo del filósofo Rudolph Eucken, lo cual explica en parte la amplia y profunda formación filosófica que demuestra en sus obras - especialmente en los *Grundsätze der Wirtschaftspolitik*.
16. W. Eucken, *Grundsätze der Wirtschaftspolitik, cit.* p. 372.
17. *Ibidem*. pp. 372-374.

18. Cfr. Ludwig Erhard, *Economía Social de Mercado. Su valor permanente*, cit., pp. 126 y ss. donde Erhard señala la necesidad de conjugar el principio de subsidiariedad y el principio de solidaridad, lo cual forma parte también de la Doctrina Social de la Iglesia.

19. W. Eucken, *Grundsätze der Wirtschaftspolitik*, cit, p. 348.

20. Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, libros XI y XII.

21. Cfr. la quinta vía tomista de demostración de la existencia de Dios, *Suma Teológica*, I, p. I, q. 2, a. 3, respondeo.

22. Algunas implicaciones del pensamiento teleológico de Aristóteles, y especialmente sobre su modo de superar el plano hilemórfico en orden a un modelo causal morfoenergo-télico, cfr L. Polo, *Curso de Teoría del Conocimiento (Tomo I)*, Eunsa, Pamplona, 1985.

23. Sobre la rehabilitación actual del pensamiento teleológico, cfr. R. Spaemann, "La naturaleza como instancia de apelación moral" en *El hombre, Inmanencia y Trascendencia (Volumen I)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1991, pp. 49-72. También: R. Spaemann y R. Low, *Die Frage Wozu: Geschichte und Wiederentdeckung des teleologischen Denkens*, Piper

and Co. Münschen, 1981. En cuanto a la rehabilitación del pensamiento político antiguo frente al moderno iniciado por Maquiavelo y Hobbes, cfr. L. Strauss, *Natural Right and History*, University of Chicago Press, 1971; y *Qué es Filosofía Política*, Madrid, Guadarrama, 1970.

24. Sobre el "sistema de fines" que subyace en el pensamiento político-económico de Erhard, cfr. F. H. Wünsche, *Ludwig Erhards Gesellschafts und Wirtschaftskonzeption*, Verlag Bonn-aktuell, Stuttgart, 1986, pp. 36-41.

25. En el fondo esta idea es la versión macro-económica de algo que en el ámbito de la economía de empresa es cada vez más manifiesto, a saber, que la actividad empresarial tiene de suyo un rendimiento social. Sobre este tema hay una abundante bibliografía en las publicaciones de "Empresa y Humanismo". Por ejemplo, cfr. Jose María Basagoiti, *El rendimiento social de la empresa*, Cuaderno n° 18.

26. W. Eucken, *Grundsätze der Wirtschaftspolitik*, cit. pp. 11-13 y 185-193.

27. Leon XIII, Carta Encíclica *Rerum novarum* (1891), Pio XI, Carta Encíclica *Quadragesimo Anno* (1931), y Juan XXIII, Carta Encíclica *Mater et Magistra* (1961).

28. Cfr. los escritos del Cardenal Höffner, de E. Nawsroth, B. Streithofen, Eberhart Belty, O. V. Nell-Breuning, y otros autores alemanes de esa época, expertos en Doctrina Social de la Iglesia.

29. Otra circunstancia fue el hecho de que en la época de Erhard hubo algunos representantes sindicales inspirados por la Doctrina Social Católica, como por ejemplo, Nell-Breuning. También hubo iniciativas de formación para trabajadores y organizaciones de la pastoral obrera de la Iglesia que difundieron su Doctrina Social, como por ejemplo la de Adolf Kolping, que desplegó su actividad también en los años de Erhard.

30. Sobre esta convergencia, cfr Ernest. F. Enzelsberger, "Ein Sozialhirtenbrief als Bekenntnis zur Sozialen Marktwirtschaft" en *Orientierungen zur Wirtschafts und Gesellschaftspolitik*, n° 47 (Marzo de 1991).

31. Sobre esta cuestión, cfr. Hans Thomas (Hg), *Chancen einer Kultur der Arbeit. Abschied von der Entfremdung*, Lindenthal-Institut, Verlag Busse, Herford, 1990.

32. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Laborem Exercens*, cap. III. artículo 3.

33. *Ibidem*, cap. III, a. 11 y 12.

34. *Ibidem*, cap. II, a. 7.

35. *Ibidem*. cap. II, a. 4 y 9. Una recopilación de estudios sobre esta Encíclica se halla en F. Fernández Rodríguez (coordinador), *Estudios sobre la Encíclica Laborem exercens*, B.A.C. Madrid, 1987.

36. *Ibidem*.

37. Piénsese, por ejemplo, en fenómenos como las tareas domésticas, las labores asistenciales, y otras formas de ayuda al prójimo y de auto-ayuda, que pueden tener un carácter profesional, a pesar de su marginalidad desde un punto de vista "macro"-económico.

38. Cfr. Manfred Glombik, "100 Jahre Rerum novarum. Über die Arbeiterfrage", en *Orientierungen zur Wirtschafts und Gesellschaftspolitik*, n° 47 (Marzo de 1991).

39. Cfr. Ludwig Erhard, *Economía Social de Mercado. Su valor permanente*, cit., pp. 43-44.

40. Juan Pablo II. Carta Encíclica *Laborem Exercens*, cap. III, a. 14 y 15.

41. Cfr. Ludwig Erhard, *Economía Social de Mercado. Su valor permanente*, cit., p. 92.

42. Cfr. F. U. Fack, *Economía social de mercado, una introducción*, Frankfurt & Mein, p. 58.